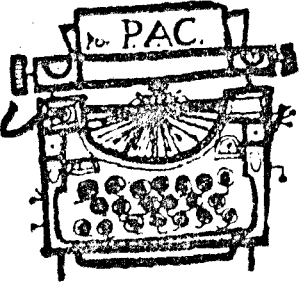


escrito a máquina



Carta a un Arquitecto

Dedicada a Eduardo Chamorro:
que también interroga y busca...

Nos preocupa la vida. "Hay que vivir con toda la vida y amar con todo el amor", decía esa estupenda muchacha —además santa— Teresa de Lissieux. Nos preocupa porque cada día son más las fuerzas desatadas que cercenan posibilidades a nuestro vivir. Hablaba ayer del campo y la ciudad. Hablaré hoy de la casa. Del hogar nicaragüense.

La vivienda es la cápsula o el capullo de la vivencia. Si la casa no es una forma vital apropiada, el contenido, que se encierra en ella, se deforma. Creo yo que nuestro existir es cada vez más angustioso y bronco porque —en primer lugar— no ha encontrado casa. Ni la casa propia y menos la casa apropiada.

No hemos dado todavía con la forma métrica del poema de la vida actual y fallándonos la arquitectura —que es entre las artes el termómetro de una cultura— andamos mal, defectuosos, jorobados de vida. Asegura el refrán: "la caridad entra por casa", quiere decir: el amor, que es también decir nuestra relación con el mundo y con los demás.

¿Qué pasaba antaño que los pueblos, aún los más humildes, parecían hechos por pintores? La casa del hombre estaba hecha con amor y con amor colocada en el paisaje. ¿Qué pintores —de pipiripado— construyeron los barrios de Managua? O el centro? ¿Qué ojo ciego desaprovechó tan integralmente el bellísimo casco geográfico de nuestra capital?

Recuerdo un estudio —leído hace mucho tiempo— sobre las ciudades coloniales de América. Las describía estructuradas, como el soneto, por un orden y ritmo emanados por la vida comunal de entonces. Su centro irradiante estaba formado por la PLAZA (vida popular), la IGLESIA (vida religiosa), el MUNICIPIO o el Palacio de Gobierno (vida civil), la ESCUELA o la Universidad (enseñanza de la vida) y las arquerías o PORTALES para los mercaderes (vida económica): y en torno a ese grupo cordial —en calles, como versos largos— se agrupaban los hogares...

Pero cada hogar era, a su vez, la reproducción en pequeño de ese centro cívico vital. El patio era la Plaza. El oratorio la Iglesia. La sala el Municipio. El zaguán reproducía en el trajín doméstico los portales. Los corredores, las calles de la circulación casera. Y el aposento guardaba en su sacra intimidad y ocio, la otra enseñanza que hace posible las formas de la cortesía.

No traigo este recuerdo por nostalgia, aunque tendría derecho de tenerla. Es un ejemplo de una vida que supo hospedarse en un tipo de casa hecha para esa vida y nacida de una autenticidad. Es el ejemplo de una cultura que produjo SU casa. La casa era la forma material de un vivir pleno, pero además, lo mismo que su morador humano, estaba en íntima vinculación con la naturaleza donde surgía: tenía alero para el sol y el agua en una extensión caritativa del techo para cubrir al transeúnte. Se defendía del calor, tomaba las dimensiones propias para una tierra de temblores; era alada y protectora para las furiosas lluvias. ¿Aquella dulce condición de los inviernos hogareños... absolutamente perdida en nuestros hogares modernos... donde los aguaceros se convierten —generalmente— en batallas domésticas, inundaciones parciales, muebles estropeados, halar de sillas y mesas, encerrar a los niños, pedir a Dios que termine el reino de Cocijo otra vez dios de la lluvia!

¿Y el calor?

Por eso me pregunto: ¿Cuál es, cuál debe ser la casa de nuestra vida actual? ¿Ha producido nuestra "cultura" SU casa? ¿No tenemos casa porque no tenemos realmente cultura propia?

Si observamos la mayoría de nuestras edificaciones notamos en ellas que no hemos abandonado del todo la vieja casa nicaragüense pero que tampoco hemos edificado la nueva. En cambio, ya vivimos OTRA vida. Y para esa vida nueva hemos edificado híbrida y transitoriamente algo inauténtico que no nos sirve, ni para sostenernos en la tradición, ni para afrontar las nuevas estructuraciones de la vida moderna.

La mayoría de las casas actuales son solamente destrozos de la casa colonial —la destruimos con untuosidad usurera. Ezra Pound diría que es la casa hecha (o deshecha) con usura—. Nos albergamos en sus destrozos: trozos de corredor, trozos de patio, retazos de aposentos, huevos... ¿Acaso al destrozar una forma de vivienda no se destroza también una vida? Pero el automóvil, la radio, la refrigeradora, etc., resultan en cierta manera extravagantes con sus exigencias y sus ruidos y sus nuevos ritos domésticos, en las casas o casuchas donde miles de nicaragüenses, inconscientemente se deforman como caracoles a los que cambiaran su caparazón por un tubo de ensayo. Y la Naturaleza, vengativa, entra a la casa. El hogar no es ya un lugar de refugio y descanso, funcionalmente vital, sino un sitio de comba-

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

te. Y el hombre va a buscar su paz al club o a la cantina . . .

Hay un problema económico. Ciertamente. Pero el fondo del problema lo volvemos a encontrar incluso en la gran casa, la casa llena de comodidad y dimensiones. ¡Qué falsa resulta en manos del nuevo rico, fingiendo el "estilo" o el mueble colonial, adovando en yeso un posible escudo, colgando lujo y cursilería para suplir el señorío! ¡No es la vivienda de ESA vida! Allí vive un parásito y no un hombre auténtico que ha hecho SU casa. . .

Ni es falta de competencia o de eficacia profesional en los arquitectos. Hay bellas casas entre nosotros. Estupendas mansiones. Muchas de ellas expresan con arte y funcionalidad la hermosa realización abstracta de la buena casa. Otras, con más sentido creador, revelan la búsqueda —que este artículo pretende insinuar— de esa casa propia y apropiada para el nicaragüense de nuestro tiempo, la que debe surgir arrancando de una tradición pero también abandonándola en la medida en que debe ser vivienda de la vida de hoy.

¿Daremos con ella?

La cultura auténtica —dice un poderoso pensador— no arraiga en el saber sino en el ser. Yo no dudo del saber de nuestros arquitectos, pero incluso muchos de sus fracasos e inautenticidades vienen de lo sabido y no vivido.

¿Será que no interrogamos al "ser"? Pero ¿cómo encontrarnos a nosotros, en nuestra tierra, en nuestra historia, en nuestra vida?

Difícil responder. Pero hay que plantearse día a día la pregunta. Y recordar que la pulgada (extraída del pulgar), la vara (del bastón), el pie . . . fueron medidas que los arquitectos tomaron del cuerpo humano. El Hombre era la medida. La equivocación es creer que no lo sigue siendo . . .

PABLO ANTONIO CUADRA.